

¡Ya lo sabéis, madrileñas que váis á la calle de Alcalá á eso!

### LA MISA AUGUSTA

Un par de docenas de personas, todos los turistas llegados ayer, suben diseminados por la escalinata que conduce á la cueva. Es que se va á decir misa en la capilla de la Virgen. Precisamente el cura encargado de ella es un clérigo que va delante de mí subiendo los escalones con lentitud. Las señoras se acomodan en sus sillas-reclinatorio dentro de la capilla bizantina, los hombres se apelotonan en el resto de la gruta; yo me apoyo en la barandilla que da al pozo. El sacerdote llega, se abisma un instante en una oración muda, se reviste en nuestra presencia, y ayudado del sacristán de las zapatillas de orillo, que hasta hace un momento ha estado vendiendo medallitas y escapularios en esa vitrina que debiera quitarse de aquí, comienza el Santo Sacrificio.

¡Misa inolvidable que vivirá eternamente entre mis recuerdos de viajero junto á la salve de la montaña de Monserrat! Allá en la corte constituye un hallazgo el oirla de

un cura ligero; el que acaba de decirla aquí no ha tardado arriba de un cuarto de hora, ¡y qué corta se me ha antojado! Lo confieso. Hasta hace un instante ignoraba yo en su entera profundidad lo solemne de un acto que por hábito no apreciamos bien; no conocía toda su dulce unción. El reposo del valle desierto, la quietud del agreste paraje, el tono suave de la campiña mojada, consonantan con la actitud recogida de los fieles que rezan alzando un sordo murmullo dominado por el acento cadencioso del celebrante. ¡Singularmente el momento de alzar me ha resultado de una grandeza suprema! El sacerdote elevando con las dos manos juntas la hostia blanca, de un blanco purísimo, la campanilla repercutiendo con tibio tintineo en la cueva, y los leves golpes de pecho y el rumor eterno de las cascadas turbando el silencio del lugar. ¡Hasta se diría que los saltos de torrente suenan menos, que la naturaleza también se ha postrado para orar ante la Sagrada Forma! Todo, todo se borra de la mirada. La mística emoción que sube del pecho, desvanece recuerdos, ilusiones, esperanzas, sumerge el espíritu en una emoción inefable, y sólo deja ver en la gran montaña ese puntito albo del pan

eucarístico, que sujetan las puntas de los dedos del oficiante. Ese puntito domina la naturaleza: es Dios.

¡Ah, sí! Nada de trenes blancos ni de peregrinaciones nacionales; nada de médicos materialistas ni de damas trocadas momentáneamente en hermanas de la caridad; nada de magníficos monasterios ni de espléndidos hoteles; nada de reclamo ni de negocio. Una humilde imagen, que no es universal ni le hace falta para que se la veneren; que vive dentro de una modesta capillita de madera en el hueco de una cueva, y que cuenta por todo servicio unos cuantos canónigos, felices en su soledad. Hé ahí todo. Los franceses efectistas poseerían en cada mata una lápida de mármol con letras de oro, recordando el hecho glorioso, y cien comunidades de todos colores, en conmemoración del milagro realizado por la divina Señora, dando el triunfo á los cristianos y concluyendo de aniquilar á los árabes con una tempestad. Prefiero la sencillez que contemplo. ¡Grandes funciones, lujos de templo cortesano, cortejos y comitivas! ¡No, no! Es mucho más poética la misa rezada que acabo de oír dentro de la cueva; una misa rezada silenciosa, que tiene por órgano

el murmullo de los golpes de agua que caen al pozo bajando desde los riscos.

### EL CAMPO DEL «REPELAO»

Es de rigor visitarlo. ¿Cómo marchar de aquí, acaso para no volver, sin haber contemplado el sitio donde se echaron los cimientos de la primera Monarquía genuinamente española? Algunos de los castaños que hoy dan aquí tranquilamente su fruto, parecen testigos del gran hecho. Quizás hablen. También tienen su lenguaje los troncos. Vamos allá.

Encuétrase enclavado en el término de la tortuosa carretera que va de Cangas de Onís á Covadonga, á la entrada del desfiladero donde se abre la famosa cueva de la Virgen, y próximo al pueblecito de la Riera. El sitio es de una belleza salvaje, enmarañado y abrupto, y á la izquierda, entre golpes de vegetación, se distingue una columna de granito coronada por una cruz y erguida sobre un pedestal en el que se lee en larga inscripción el por qué de la elevación de tal monumento.

Su misma sencillez, rayana en la austeridad, impresiona. Se adivina ahí, antes de leer el pedestal, un hecho grande conmemorado sin poner á contribución el arte, para que nada distraiga de la idea que simboliza con sólo una columna que llame la atención del pasajero y le obligue á detenerse y á meditar que en este trozo de terreno echó su primera raíz la Monarquía española con la proclamación de Pelayo por sus valientes, una vez destrozados los ejércitos de la media luna. Un detalle para concluir. Más arriba hay un llanito en el que se realizó el prólogo, en pleno combate, de la coronación aquí realizada, donde se dió el primer viva al rey. Y este campo sagrado, que tiene derecho á la veneración constante de la posteridad, que escuchó el fragor de la redentora pelea, que fué el teatro del alzamiento, se denomina como un chulo cualquiera de las Peñuelas madrileñas, quizás por haberse fusionado las dos palabras Rey y Pelayo en la flamenca del *Repelao*.

## LA LÁMPARA ETERNA

Ayer, por escasez de tiempo, y hoy porque en toda la tarde ha faltado gente en la cueva de la Virgen, no he podido realizar un deseo que me acosa. Las familias llegan en omnibus y landós, y, apenas se detienen ante el portal de la hospedería, corren impacientes á ver la gruta. Es natural. Pero yo quiero verla solo, sin tumultos, y, sobre todo, de noche. ¡Ah! ¡*El Angelus!* ¡Mi hora! Corro allá.

Las sombras han invadido completamente el lugar, hundiéndolo en las tinieblas. Se han borrado los contornos de las montañas, vislumbrando sólo los ojos, luego de acostumbrarse á la oscuridad, unas disformes y monstruosas masas negras. En la explanada de la cueva resplandece algo que ilumina con suavidad el sitio desde arriba; diríase una estrella baja. Es la lámpara de la Virgen, encendida siempre. Me aproximo al estanque, en el que caen los restos de agua de la roca, más bulliciosa en el silencio de la noche. A los débiles reflejos se distingue

en lo alto el pretil de la gruta, la capillita bizantina de madera, la enorme boca de la concavidad, todo disfuminado é indeciso. A mi alrededor la naturaleza duerme, se siente su respiración fresca, que huele á tierra mojada. En el campo no se oye un ruido, en la hospedería tampoco. La luz de la imagen parpadea.

Un vehemente deseo de subir me acomete, y tomo por la escalera lateral que conduce desde el rellano á la gruta; al final detiene mis pasos la verja, cerrada ya á esta hora, pero por entre los barrotes descubro el interior de la cueva. La capillita se queda en la penumbra, ocultando la imagen. La lámpara colgante, un gran gonfalón, alumbra el lugar. Esta lámpara es una antiquísima servidora de la efigie, que vela su sueño hace muchos siglos, que no se apaga nunca. Su primer resplandor surgió al primer grito de la Reconquista. ¡Nadie! ¡El reposo, la quietud suprema, la suprema calma, la piedra que duerme, esa luz perpetua en la que arde la fe de todo un pueblo!

## EL ÚLTIMO ADIÓS

El temporal ha encalmado, y la luna en su cuarto menguante asoma por una desgarradura del toldo de nubes. Aunque apenas alumbra, éntrame el deseo de salir un momento antes de acostarme, y me encamino á la gruta iluminada por su inmutable lámpara. La soledad es más profunda. Van á dar las doce.

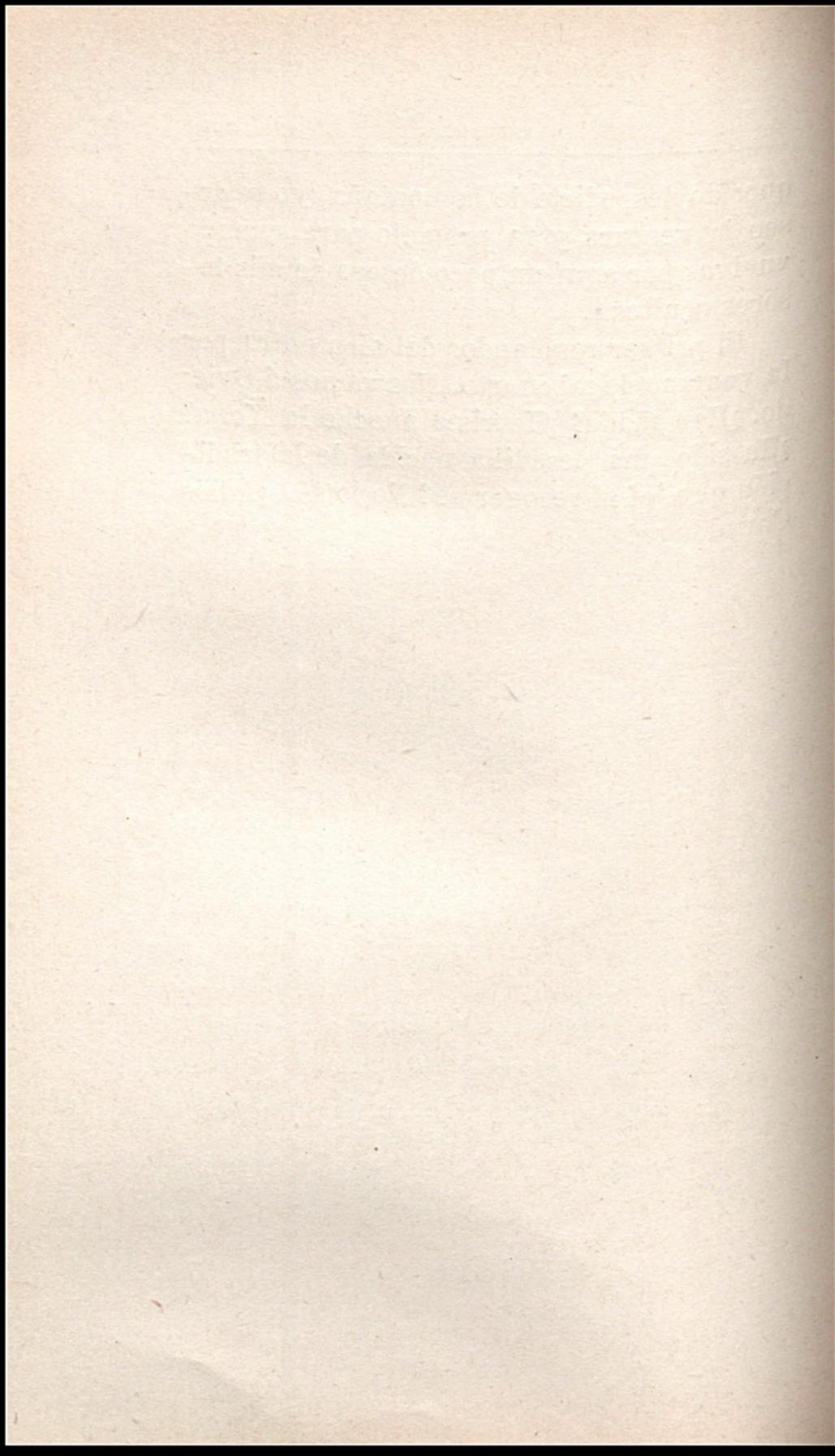
De pronto oigo una vocecita de cristal que rompe el silencio de la noche, y veo ante mí, bañada por un pálido rayo de luna, una mujercita de un codo de alta, liliputiense pero de armónicas proporciones, fina, menuda, adorable, que me mira con sus dulces ojos. Es blanquísima, y lava en la fuente sus albas ropas de gasa de que acaba de despojarse.

—Soy la *Xana* de la fuente de los matrimonios—dice con su argentino acento—y vivo debajo de su pilón en un palacio de cristal. Si fueras una doncella te regalaría una madeja de hilo para que la devanaras, y serías feliz acertando á hacerlo. Pero ya que has

---

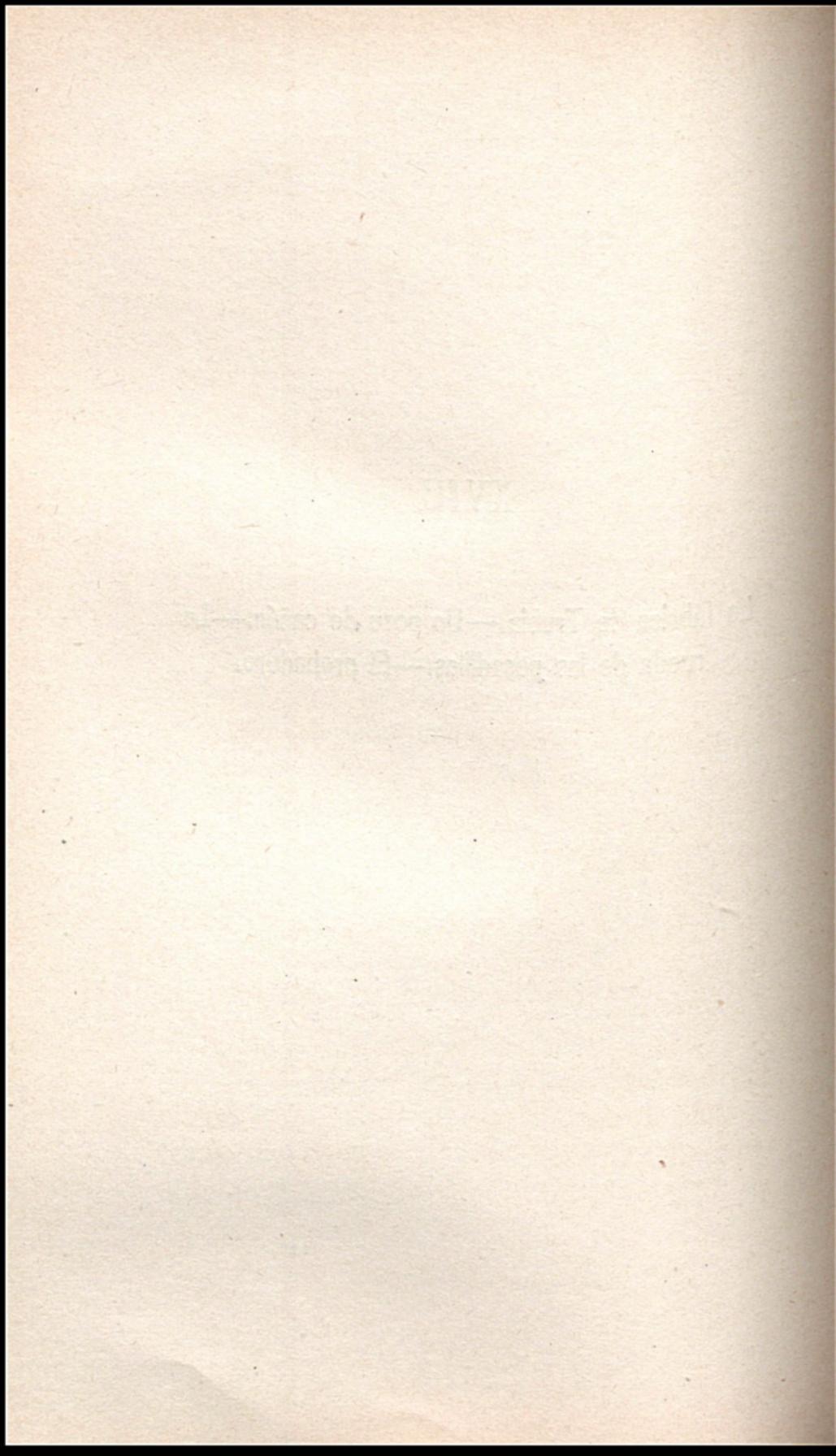
querido despedirte de la montaña, yo te deseo la ventura y te prometo para cuando vuelvas por aquí un poco de oro de mis tesoros ocultos...

El primer resplandor del alba entra por la ventana de mi cuarto. Nos vamos á Oviedo. ¿He soñado? ¿He visto anoche la *Xana*? ¿Ha sido una pesadilla nacida de la tradición que leí al recogerme? No lo sé. ¡Adiós Covadonga!



## XVIII

La fábrica de Trubía.—Un pozo de cañón.—La  
rueda de las pesadillas.—El probadero.



## XVIII

## LA FÁBRICA DE TRUBIA

Es una expedición obligada para el turista que visita á Oviedo. Media hora de tren y un valle paradisiaco que tiene por rústico caramillo de sus umbrías el estampido del cañón. Un pueblecito de aspecto obrero, tendido junto al río, un puente que salva la corriente mansa, y en seguida se descubren numerosas naves, una puerta de hierro y un uniforme azul con franja grana en el pantalón y dos cerdosos bigotes de veterano bajo la gorra de plato: es la fábrica de Trubia.

Pasada la verja, distínguense pabellones con balconitos, en los que asoman macetas con flores, calles con acacias de bola y una fuente con amplia taza y surtidores. Algo se vislumbra ya del lugar. La fuente es de hierro, las aceras y el piso de la calle

son de hierro; yo creo que hasta los árboles son de hierro. Sin embargo, predomina la nota suave y dulce, que va desapareciendo según se interna uno en el establecimiento. Empieza á olerse á carbón; surgen columnas de humo negro, y se vislumbran los cíclopes de blusa. Al cabo penétrase en la primera nave, y comienza «á desfilar» un ejército de máquinas y de aparatos incomprendibles para el profano, que se mueven todos á la vez por una urdimbre de correas que suben y bajan. Yo no sé cómo se denominarán estos talleres técnicamente, pero su misión tiene algo de artística. El cañón llega á ellos, por decirlo así, en bruto, recién forjado, y sale de entre el tropel de cuchillas y sierrecitas, que le toman por su cuenta, hecho un señorito. Aquí se le raya el interior del tubo; allá se le ciñen aros de resistencia; acullá se trabajan las mil menudas piezas de su organismo. De trecho en trecho se yergue un formidable Ordóñez de 25 á 30 centímetros de calibre, de reluciente bronce, lustroso como un espejo; ó un Sotomayor de menos tamaño, empavonado y negro. Ya tienen terminada su toaleta y se hallan en disposición de montarse en su cureña y disparar.

De una en otra nave nos entramos insensiblemente en el infierno. Es decir, insensiblemente, no, porque la temperatura se ha caldeado hasta ser asfixiante. Se quedan atrás los obreros tranquilos y reposados, de rostro limpio, y comienzan á descubrirse los obreros negros, tiznados, sudando, con la cara y el desnudo cuello rojos por el resplandor de los hogares hechos ascua. En esta instalación se enclavan los hornos de fundición que cargan centenares de arrobas de hierro; más allá se encuentran las fraguas y calderas.

Imposible citar de memoria todo lo que se va viendo. Bocas y bocas candentes, brasas cobijadas bajo campanas de chimenea, un aliento continuo de fuego que quema, un paseo de condenado. Buena noticia. En la nueva elaboración de acero hay colada. Visitar un establecimiento de esta índole y contemplar una, es el colmo de la suerte, miel sobre hojuelas. Cuando llegamos, los operarios examinan si la masa se halla á punto, contemplándola por las compuertas á través de gafas azules; con tal intensidad brilla el incendio encerrado entre los muros del horno. Una nevera por el tono blanco, ya que no por la temperatura. El director

de la operación, un inglés que debe de ser de amianto examina sin resguardar los ojos la horrible ebullición; cada vez que alza la tapa le bruñe súbitamente el resplandor toda la gigantesca figura. Por fin, los operarios arriman un caldero al caño, que destapa un cíclope, y un chorro de luz, de hierro líquido, se precipita en la vasija hirviendo y alzando curruscantes palmas de chispas que forman un surtidor de fuego.

#### UN POZO DE CAÑÓN

Hace dos ó tres días que han fundido uno; todavía está enfriándose su armazón. Para el que no ha visto nunca fosas de moldear resulta un espectáculo extraño y singular en sumo grado. El pavimento de la nave es en su mayor parte de listones de madera movibles, por entre las juntas de las cuales se ven negruras cavernosas; el pozo que acaba de utilizarse se muestra al descubierto. Es un doble cilindro de ladrillo refractario, un verdadero estuche lleno hasta rebosar por los bordes de hierro, ahora

en lingote, y que caería á su alvéolo en hirviente chorro líquido.

Todo lo que tiene de medroso y asustadizo un pozo profundo sin agua, encuéntrase aumentado aquí por el destino del hoyo. Asómase uno al borde y no se ven sino oscuridades confusas. El suelo de listones tiembla bajo el peso del cuerpo. El temor de caer asalta. El reguero líquido se ciñe al cilindro, lo abraza, imposibilitado de salir, se posa, y no se concibe, viéndolo frío, que pueda sacarse del molde, á no acudir los hercúleos herreros del dios de las fraguas. No he presenciado la operación, que debe de resultar tremenda, dado el peso feroz de la mole de la pieza.

#### LA RUEDA DE LAS PESADILLAS

El vapor es dispendioso, el carbón cuesta caro; pero hay un eterno motor, regalado por la pródiga naturaleza: el agua. Todos, ó la mayor parte de los talleres, aunque poseen su máquina de reserva, funcionan por la presión hidráulica. Ahí está el

monstruo. Es una rueda enorme, de ancha llanta, alta como una casa de dos pisos, con profusión de rayos que parten del eje á la circunferencia. Por debajo húndese la rueda en un estanque, en el que forma un bullicioso oleaje, dejando al ascender á lo largo de su llanta un fleco de gotas. La llanta es parda, la acequia honda, la rueda da vueltas produciendo un sordo temblor, como si bramara, conteniéndose. Todo á su alrededor se extremece. Al acercarse uno, le pega en el rostro una bofetada de viento; sin duda es la respiración del ogro jadeante.

Es la rueda de las pesadillas, de las nocturnas alucinaciones tenebrosas. Muchas veces se sueña con ella, muchas veces se ha sentido uno cogido por una rueda así, silenciosa é inmensa, oscura y terrible, levantado en alto, volteado por la trepidación, triturado por el engranaje de los rayos, deshecho. Hombre ya, se calla el turista al sobrecogimiento que le acomete al acercarse á la rueda ceñuda. Colocado ante su silueta sombría un niño, no acostumbrado á disimular sus impresiones, se echaría á llorar procurando huir y exclamaría con la mayor ingenuidad: ¡El bú!... ¡El bú!...

## EL PROBADERO

Prensas hidráulicas de yo no sé cuántas toneladas, grúas de vapor, martinets, tijeras, laminadores, proyectiles de todos tamaños, cureñas, atalajes, un aluvión de objetos, quién sabe lo que nos va enseñando el guía: un mareo. De pronto suena un pitido de máquina y se acerca una locomotora con un vagón-jardinera, en el que se distinguen galones dorados: son los oficiales de artillería que vuelven del probadero.

Apéanse, y el coronel Español, á quien estoy recomendado por otro ilustre coronel del cuerpo, Arizmendi, se aproxima y se pone desde luego á mi disposición, ya que por la mañana apenas pudo acompañarme. Es el coronel y director de la fábrica, Don César Español, un simpático veterano, de plácido rostro y blancos bigotes, y sobre todo, de una sonrisa tan dulce que encanta. Nos acompaña á su despacho á cuantos formamos la expedición, da el brazo á las señoras para subir la escalera; no hay detalle

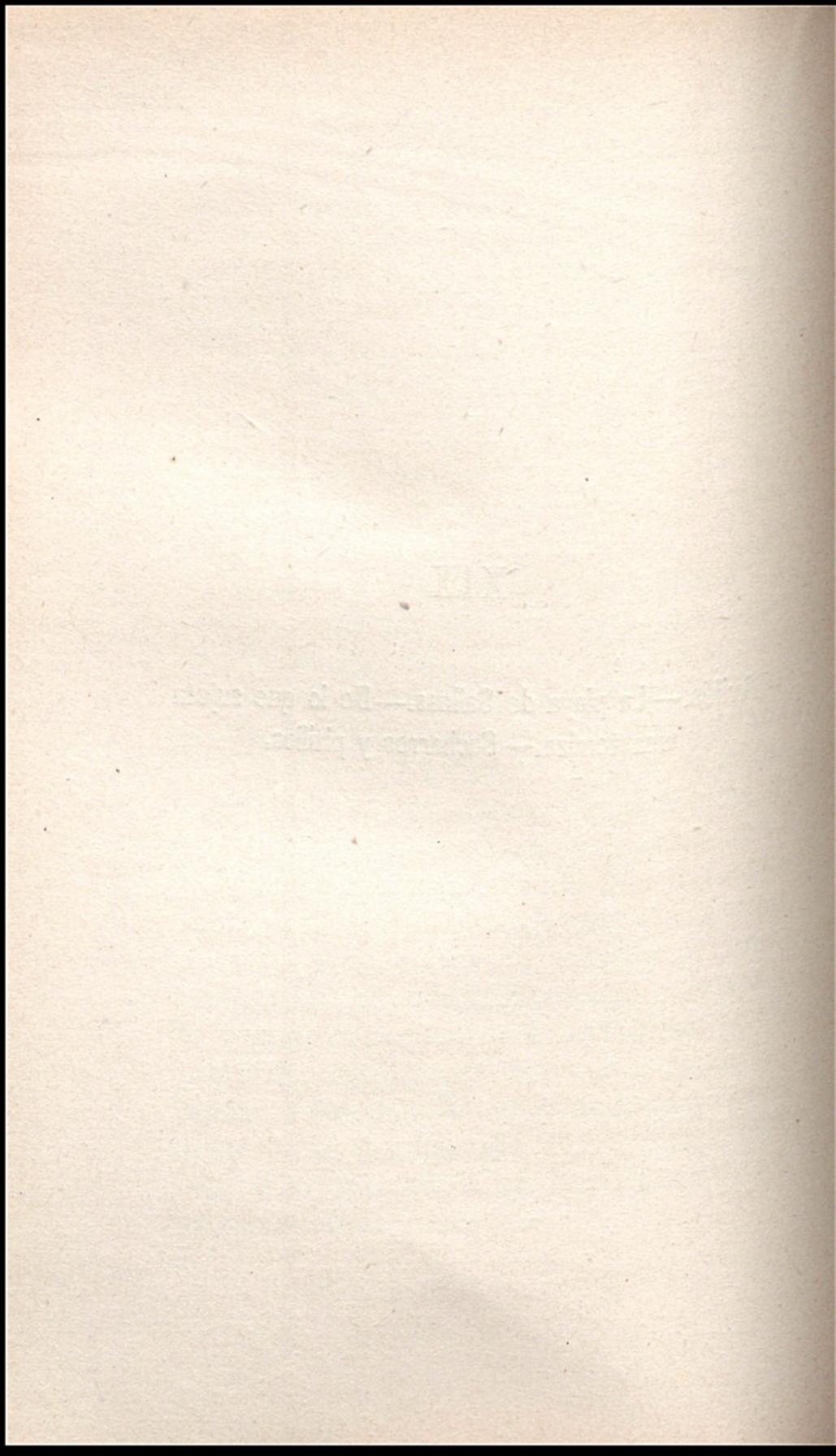
de cortesía que se le escape. Bravísimo. A través de los años aparece el artillero clásico y galante de siempre, el militar caballero.

Su conversación nos revela que es además un hombre de ciencia y un hombre culto. Y un muchacho, ¡qué diantre! ¡Pues si todavía se siente con bríos para montar á caballo y mandar un regimiento en campaña!

La fábrica tiene un bosque extenso y un jardín amplísimo. Entre uno y otro se enclava una plazoleta donde se quilata la resistencia de los cañones disparándolos. Dos piezas de batir encontramos ahora en pruebas. El monte que sirve de blanco se halla abarrotado de proyectiles. Un paso más, y nos internamos por enarenadas calles, orilladas de flores y de menudo césped. Recorrido el parterre, la maquineta tráenos de nuevo al establecimiento, y damos por terminada nuestra visita, llevándonos, gracias á la galantería peculiar de la milicia, como impresión última que neutralice la de los hornos y los cíclopes, el grato recuerdo del insigne coronel Español, que lo mismo vela por el buen éxito de un obús, que por el crecimiento de unas rosas.

## XIX

Avilés.—La playa de Salinas.—De lo que sujeta  
una tomiza.—Cacharros y pitillos.



## XIX

## AVILÉS

Salimos de Oviedo para Villabona por la mañana. Antes del medio día nos apeamos del tren.

Hállase enclavada la ciudad en el extremo izquierdo de la hipotenusa, si así puede llamársela, ampliando el sentido de esta palabra, cuya derecha ocupa Gijón, cerrando el triángulo el cabo de Peñas. Una ría, poco pintoresca por cierto, pasa junto al pueblo, que, tierra adentro, asienta sus casas y prolonga sus calles en cuesta. Su vestíbulo no puede ser más lindo. Un amplio paseo con jardines y grandes edificios de piedra que le circundan, constituyendo así una espaciosa plaza. En ella misma se descubre una fachada antigua, con amarillenta arquería de medio punto.

Internándose en la minúscula ciudad, en-

cuéntrese el turista por todas partes recuerdos artísticos de otros días: aquí el palacio del Marqués de Valdecarzana, con portal ojivo del siglo XIII y ajimeces partidos por columnas bizantinas; allí el de Camposagrado, barroco pero elegante; allá el del Marqués de Ferrera, con una torre almenada; ya surge al paso el Ayuntamiento, grave y rígido, de la centuria décimoséptima, ya la iglesia de San Nicolás, de transición del bizantino al gótico, ya la capillita de los Alas con sus ricos nichos apuntados. Avilés es pequeña, pero monumental, y lo que habla muy en su favor: conserva con esmero sus monumentos, probando de tal suerte una cultura que para sí quisieran más de cuatro encopetadas capitales. Aspira á modernizarse, pero sin dejar de rendir culto al pasado, al noble pasado, siempre venerable como un abuelo.

Aparte de lo legado por otros tiempos, Avilés resulta una población amplia, desahogada, de buenas casas, de excelentes calles, alguna moderna y anchurosa. La casualidad nos ha traído en domingo. La banda municipal toca en el paseo. Un trasunto del salón del Prado de Madrid, sin que tenga que envidiarle en nada sus mujeres ele-

gantes, vestidas irreprochablemente á la última moda. Se observa aquí bienestar, bolsillo repleto, gran orden, y sobre todo, una administración excelente y un cuidado constante por el bien parecer de su ciudad.

### LA PLAYA DE SALINAS

Avilés tiene dos notas que no deben olvidarse: una antigua y otra moderna. La antigua es el Fuero ó Carta puebla de su nombre, precioso documento el primero escrito en romance; y la Serrana, una fonda en que se almuerza como en Lhardy. Instruir... comiendo.

Avilés pretende ser, y de hecho lo es, residencia de verano; pero no podrá rivalizar nunca con Gijón. Cuidado que, por no haber en su término fábricas, le aventaja en limpieza, y su atmósfera resulta más pura, pero no tiene el mar en casa, y aunque un tranvía de vapor lleva al bañista en doce ó catorce minutos á la playa de Salinas, por un camino hermoso orillado de robledales y pinares, no hay expedición sino